

## *El drama del proletariado francés* **León Trotsky** 1922, ¿posterior al mes mayo?

(Tomado de “El drama del proletariado francés”, en León Trotsky, *Literatura y revolución*, Tomo II, Ruedo Ibérico, Colombes, 1969, páginas 103-113. Páginas inspiradas por la publicación del drama de Marcel Martinet, *La noche*. Sindicalista de *La Vie Ouvrière*, Marcel Martinet, que había conocido a Trotsky en París durante la guerra, fue miembro fundador del Partido Comunista, que abandonó varios años más tarde. [¿Posteriormente a mayo de 1922? El *Bulletin Communiste*, tercer año, número 22, del 25 de mayo 1922, informaba en su página 419 de la publicación del drama y de un radio enviado por Trotsky a las Éditions Clarté que rezaba: “he recibido *La noche*, profunda y bella obra en la que está representada a suerte pasada del proletariado francés y que, en forma de arte, sirve a la vez como una advertencia política. Me encargaré de que se haga una traducción digna del drama y que se pueda poner en escena de forma irrefutable”].)

El poeta francés Marcel Martinet ha escrito un drama que puede llamarse, con absoluta justeza, el drama de la clase obrera francesa. Ya este solo hecho le garantiza el derecho a la atención.

Martinet es un comunista formado en la escuela del grupo sindicalista de *La Vie Ouvrière*, es decir, en una buena escuela. Como artista, Martinet ha pasado por la escuela no menos buena de Romain Rolland. Por consiguiente, no es de esperar o de temer de su parte obras de pura propaganda o, como les gusta decir a los estetas, de “vulgar propaganda”, en las que la política adoptaría, por puro accidente, el marco dramático o la forma del verso.

Marcel Martinet es profundamente psicólogo. Hace pasar todos los problemas de nuestra gran época, caldeándolos subjetivamente en ella, a través de su conciencia personal o, más exactamente, encuentra el camino hacia lo general y lo universal a través de su yo personal, subjetivo, individual. Por esto es artista.

Pero habiendo estado en la escuela de Rolland, Martinet la ha superado moralmente. Esto es lo que le ha permitido convertirse en comunista.

Durante la guerra, situándose *au-dessus de la mêlée*, Rolland suscitó un legítimo respeto por su coraje personal. Era la época en que el heroísmo gregario cubría de cadáveres las montañas y las llanuras de Europa, mientras que la valentía personal, aun en la más modesta dosis, se encontraba muy raramente, sobre todo entre los “aristócratas del pensamiento”.

Rolland se negó a aullar con los lobos de su patria; se elevó *au-dessus de la mêlée*, o, más exactamente, se separó de ella, atrincherándose en terreno neutro. En el estruendo de la guerra, ciertamente muy amortiguado en la neutra Suiza, continuó apreciando la ciencia alemana y el arte alemán, predicando la colaboración entre los dos pueblos.

Este programa no era, desde luego, de una audacia aterradora, pero, para proclamarlo entonces, en pleno desencadenamiento del chovinismo universal, no es menos cierto que se precisaba cierta independencia personal. Lo cual cautivaba.

Sin embargo, ya desde aquel entonces se percibían la estrechez de la filosofía de Rolland y, si se me permite el atrevimiento, el egoísmo de su humanismo. Rolland se había refugiado en la Suiza neutral, pero, ¿y todos los demás? Un pueblo no puede situarse por encima de un conflicto, cuando él es la carne de cañón de este conflicto. El proletariado francés no podía irse a Suiza. La bandera de Rolland estaba destinada exclusivamente a su uso personal: era la bandera de un gran artista, nutrido de las

literaturas francesa y alemana, que había pasado la edad del servicio militar, y que contaba con los recursos necesarios para transportarse de un país a otro.<sup>1</sup>

La estrechez del humanismo rollandista se manifestó plenamente más tarde, cuando el problema de la guerra, de la paz y de la colaboración intelectual se transformaron en el problema de la revolución. También entonces, Rolland decidió permanecer *au-dessus de la mêlée*. No reconoce ni dictadura, ni violencia, ni derecha ni izquierda. Es verdad que los acontecimientos históricos no dependen de tal reconocimiento; pero no por eso el poeta deja de tener el derecho a dar sobre ellos un juicio moral o estético, y esto le basta al poeta, al egocentrista humanitario.

Pero, ¿y las masas populares? Si soportan servilmente la dictadura del capital, Rolland condenará poética y estéticamente a la burguesía; si, por el contrario, los trabajadores intentan derrocar la violencia de los explotadores por el único medio a su alcance, la violencia revolucionaria, chocarán con la condenación ética y estética de Rolland.

Así, la historia humana no es, en última instancia, sino materia para la interpretación artística o para el juicio moral.

La pretensión individualista de Rolland pertenece al pasado.

Ante la historia humana, Martinet es mucho más amplio, más vivo, más humano. No se sitúa *au-dessus de la mêlée*. La emancipación de la civilización humana, la guerra y la paz, la colaboración de las naciones no son para él materia de apreciaciones personales, sino objetos de acción de masas. Lo que pone en drama en su última obra, *La noche*, es la acción revolucionaria de las masas oprimidas.

¿Es realista ese drama? Sí, hay un fondo realista, tanto en el conjunto como en cada personaje en particular. Los personajes viven, pero a través de su vida individual, en cada etapa del drama, lo que vislumbra es la vida de su clase, de su país, la vida de la humanidad contemporánea. Por encima de ellos se condensan, invisibles, las fuerzas sociales. De ahí el valor simbólico de las imágenes.

El personaje central es la vieja Mariette, campesina de 70 años. Alrededor de ella se agrupan campesinos y campesinas de una aldea del norte, devastada por la artillería. Por su sabio valor y su inteligente bondad, Mariette reina sin límites en su pequeño mundo. Es la madre francesa, la madre del pueblo francés; tiene profundas raíces campesinas, pero ha atravesado los siglos de la historia nueva, la sucesión de las revoluciones, ha conocido muchas esperanzas y desilusiones, muchos duelos por sus hijos cuya sangre se derrama. A pesar de todo, se ha endurecido contra la desesperación y no quiere conocerla, ni siquiera hoy, en los años de la gran carnicería. Su corazón sigue siendo una fuente indefectible de incansable bondad.

El hijo mayor de Mariette está en la guerra. Con ella se ha quedado su nuera, la frágil, taciturna y heroica Anne-Marie, a la que, en los momentos de trágica y tierna revelación de las almas, la vieja llama su “dulce gatita color ceniza”; con ellas está el nieto, el hijo, Luisito, niño de 12 años, prematuramente despertado y curtido por la terrible tensión de la guerra. Los habitantes de los alrededores se reúnen en la casita de Mariette, la única que ha quedado en pie: gente sin techo, ancianos que han perdido a sus hijos, madres a cuyos niños ha matado la artillería, la de aquí o la de enfrente. Esa gente, que desde hace cerca de cuatro años no ha salido de las llamas y el estruendo, cansada de esperar, cansada de desesperar, se abrazan a su madre común, Mariette, quien, con más sabiduría y más bondad, siente lo que ellos sienten.

Pero, ¿qué ha pasado? La artillería se ha callado. La gente está como ensordecida por ese silencio súbito. ¿Qué sucede? A través del frío y la tormenta, un rumor inverosímil se abre paso: se acabó. Los soldados de enfrente se han negado a combatir. Han dicho “ya no queremos”. Han arrestado a sus jefes y hasta (pero, ¿será posible?) a su emperador.

---

<sup>1</sup> Rolland residía ya en Suiza en el momento de la declaración de guerra.

Ha caído en sus manos. Y los soldados de aquí, después de negociar con los de enfrente, han cesado el fuego: ¿para qué?

He ahí de dónde venía el silencio.

Llegan continuamente soldados a la choza, semiebrios de fatiga, de esperanza y de alarma, y confirman que “se acabó”. ¡Es el fin! Los soldados de enfrente se apoderaron de su emperador y quieren entregarlo aquí, en garde. ¿No es una gran idea? Pero, sobre todo: “se acabó. ¡A-ca-bó!”. He aquí al generalísimo Bourbouze: viejo soldado, con su grosería innata y en parte afectada, con su campechanía afectada y, tal vez, en parte natural. Personaje nulo y de mal agüero en su nulidad. Bourbouze se instala provisionalmente con su estado mayor en la casita de Mariette. Sus habitantes son invitados a abandonar su techo. ¿Adónde ir? Todo alrededor no es sino campos devastados, escombros, cadáveres sin enterrar, frío y nieve. Mariette protesta. ¡Sin embargo se acabó! Bourbouze explica que se prepara a completar la victoria, pero finalmente autoriza a la vieja y a su familia quedarse en el granero.

Y he aquí el emperador vencido en persona: los soldados de enfrente lo han traído.

Bourbouze da la bienvenida al monarca, doblemente humillado, pues está cubierto de cardenales. Recién llegado al estado mayor enemigo, el emperador recobra el valor ¡Estos ya no son sus soldados! Explica a Bourbouze que su derrocamiento, el de él, el emperador, priva a Bourbouze de los frutos de la victoria. ¿Con quién negociará ahora el vencedor? ¿Quién firmará el tratado? ¡No la revolución! Bourbouze es presa de alarma y, al instante, se anudan lazos de solidaridad entre él y el emperador. ¿El ejemplo de la revuelta no será imitado en este lado? En todo caso, su majestad, hum... puede instalarse aquí como en su casa. Se pone la casa a la disposición de su majestad.

Pero ya el contagio opera. La fermentación comienza entre los soldados de Bourbouze. Esperan algo; discuten con animación y, como por casualidad, algunos centenares de ellos se reúnen bajo el techo de un café destruido. Hay que darse cuenta de lo que ha pasado; hacen falta respuestas ideas, consignas, jefes. La multitud nombra a los que mejor han merecido su confianza en las trincheras. Es el honesto y ya no joven campesino Goutaudier; es Favrolles, el pico de oro de grandes gestos; es el joven Ledrux el que se impone desde el principio como un jefe, con su mirada de águila, pero sin experiencia.

Y entonces se desarrolla el verdadero drama de la insurrección naciente de la clase oprimida, sin programa, sin bandera, sin buena organización, sin jefes probados en la tarea. Goutaudier está con toda su alma a favor de la acción solidaria de los trabajadores, por el cese de la guerra, por el entendimiento con los de enfrente: es el honesto y limitado pacifista. ¡Pero cuánto más elevado y más atractivo que la retórica pacifista de un Georges Pioch o que los malabarismos pacifistas de un Víctor Meric, es el discurso de este campesino de edad madura, en su capote de soldado! La masa acoge bien a Goutaudier, pero no está satisfecha: el objetivo está esbozado más o menos bien, pero no se indica el camino.

El pacifismo es pasivo y expectante por esencia: está lleno de esperanza y de espera, pero sin programa de acción.

Ahora bien, lo que hace falta en este momento es justamente un programa, pues ya la masa está sublevada. Favrolles toma la palabra. Su vacío interior, su inconsciencia chillona se disimulan bajo la energía de sus proposiciones. Favrolles trata de hacer aprobar, en medio del entusiasmo, una medida de la que sin duda ha hablado más de una vez con los parroquianos de su café anarquista: matar inmediatamente a todos los oficiales, comenzando por Bourbouze, después de lo cual ya se verá más claro.

La asamblea no se pronuncia, algunos aprueban, la mayoría se espanta. Esta división en la masa trae la incertidumbre, y ésta, a su vez, un sentimiento desmoralizador de impotencia.

Entonces aparece el joven Ledrux, que no teme el empleo de la violencia revolucionaria, reconociéndola necesaria, pero el país no comprendería en estos momentos la matanza de los oficiales. Las medidas extremas, no preparadas por el curso de los acontecimientos, no motivadas psicológicamente, llevarán la división a la masa de los soldados. La aplicación prematura del terror revolucionario aislará a los hombres de acción. Ledrux propone constituir ante todo un órgano representativo del ejército revolucionario, los consejos de soldados.

La revolución se extiende en el ejército y en el país. Por todas partes surgen consejos de insurrectos, pero, en el centro, en la capital, ya se ha formado un gobierno provisional con hombres de extrema izquierda de la burguesía.

Su objetivo es fraccionar y paralizar la revolución para tomar las riendas. Recurren para ello a los procedimientos ordinarios de la democracia: la pesada autoridad del poder oficial, la trama sutil del engaño, ayudados en su intento por la falta de seguridad de la masa, el pacifismo expectante de Goutaudier y el aventurerismo sangriento de Favrolles. Los hombres del gobierno provisional están lejos de ser genios. Son, por el contrario, hombres muy comunes. Así que no pretenden crear nada nuevo, sino hacer durar lo antiguo. Toda la experiencia de las clases dominantes piensa y actúa por ellos. De ahí su fuerza. Toda la ambición actual de los habilidosos sin ideales que detentan el nuevo poder central, es resistir la primera ola, observando los sitios débiles y los puntos mal defendidos de la revolución, despojándola y debilitándola bajo su propia bandera, a fin de quebrar la fe y la voluntad de la masa, antes de que se levante una segunda ola más decisiva.

¡El momento es crítico! En el ejército, en los centros obreros, el movimiento cobra amplitud, se eligen consejos; los choques parciales con las autoridades locales dan ventaja a los insurrectos, pero el enemigo real, la clase dirigente, no ha sido quebrantado: maniobra en posición de espera, posee en la capital un excelente puesto de observación y controla el mecanismo administrativo centralizado; sobre todo, está convencido de su derecho a la victoria, y cuenta con una riquísima experiencia en el engaño. Después del éxito parcial del primer golpe asestado a la vieja sociedad, el movimiento precisa elevarse a un grado superior, adquirir un carácter político y consciente, asegurar su armonía interna mediante la comunidad de objetivos y la unidad de los métodos de realización. De otro modo, la catástrofe es inevitable.

Los agitadores locales, gente de toda suerte, revolucionarios improvisados, que nunca antes habían meditado todos los problemas que suscitan los movimientos de masa, son llevados como escombros por las olas del movimiento, esperando que la lógica interna de los acontecimientos les siga, como hasta ahora, garantizando el éxito. Para salir de todas las dificultades, los diletantes de la revolución tienen, en vez de ideas, clichés: “El pueblo sublevado es invencible”. “No se detienen las conciencias con bayonetas”, etc. Pero la revolución no precisa de lugares comunes, sino de una dirección que responda a su desarrollo interno, que se adapte a sus etapas sucesivas. Esta dirección no existe. En el curso de los acontecimientos se produce un momento fatal de marasmo. Con su instinto político, Ledrux aprehende la lógica de la revolución. Hasta hacía poco había resistido a las fanfarronadas sanguinarias de Favrolles, rechazando la proposición de fusilar a los oficiales. Se había contentado entonces con arrestar a Bourbouze. Ahora, Ledrux siente que la crisis fatal se aproxima: las masas no se dan cuenta de que aún hay que vencer las dificultades principales; el enemigo se apodera sin combate de todas las posiciones indefensas, alargando enseguida sus tentáculos. Mañana, el militarote Bourbouze, el de la falsa campechanía, se pondrá de nuevo a la cabeza de las fuerzas armadas de la reacción y aplastará a la flor del pueblo insurrecto. Ledrux resuelve que hay que lanzar un grito de alarma, una advertencia fulminante, un llamamiento a ser implacables. Ahora se pronuncia por las medidas decisivas, por la ejecución de Bourbouze. Pero la lógica de la revolución, de la que se percató el joven líder escuchando el pulso agitado de la masa, no encuentra sino un eco tardío en las cabezas de esos jefezuelos. La revolución no ha sido

precedida por una larga preparación moral y doctrinal. A la cabeza de las masas no hay organizaciones acostumbradas a pensar colectivamente, a apreciar uniformemente los acontecimientos y a intervenir conjuntamente en ellos. No hay partido revolucionario. La unanimidad en el movimiento sólo existe mientras no encuentra obstáculos. Desde que la situación se complica, los jefes improvisados, sin experiencia, sin programa, sin horizonte, entran en lucha unos con otros; cada uno tiene su ruta y su método; ni disciplina de pensamiento, ni disciplina de acción.

Las dificultades, las decepciones, las consecuencias de la guerra y de la misma revolución se manifiestan cada vez con más fuerza. Las vacilaciones comienzan, y luego viene el descorazonamiento. Los que antes dudaban en secreto, ahora hablan en voz alta. Nada es más fácil que oponer a las tareas de hoy las dificultades de mañana. Los que no han perdido la fe en la causa, se esfuerzan por cubrir la voz de los escépticos, pero cada cual a su manera. La masa se mueve a ciegas en medio de dificultades crecientes, y busca la orientación de sus jefes, pero la división de éstos la espanta y la lleva a la impotencia.

En ese momento, entra en escena el miembro del gobierno provisional Bordier-Dupatoy, demagogo consumado, espíritu político de mediocre calidad, pero de instinto casi infalible cuando se trata de adormecer, de dividir, de corromper a la masa y sobornar a sus jefes.

Todo el arte de la contrarrevolución francesa, desde los hombres de Termidor y de antes, hasta Arístides Briand, está a la disposición de Dupatoy, ese gordo falsamente sencillo y bromista, con su capa forrada de cochero. Se desliza sin prisa entre la multitud de los soldados, husmea y escucha, conversa, alaba a los insurrectos, elogia a los jefes, promete, hace reproches amistosos, prodiga apretones de manos; y lo hace tan bien que, en el momento en que aparece en la entrada del cuartel general revolucionario de Ledrux, la enorme masa de los soldados, cansados de la espera y de la incertidumbre, se aferra a él como a una tabla de salvación. El visitante indeseable saluda al cuartel revolucionario con tono de benévolo maestro, dispensando a Ledrux pérfidas alabanzas destinadas a arruinar definitivamente la autoridad del joven tribuno. El petulante de Favrolles se ha puesto al lado del gobierno provisional. Ya no se oye hablar del honrado Goutaudier que, superado por los acontecimientos, desorientado, se ha perdido entre la multitud igualmente desorientada. Ledrux capta el ritmo de los acontecimientos, pero, ante la masa, ya no es el jefe de la revolución, sino más bien un héroe de tragedia. Con él, a su alrededor, no hay un grupo organizado de hombres templados, habituados a pensar y a luchar juntos, no hay un partido revolucionario. La energía no dirigida y no utilizada de la masa se vuelve contra ella misma, y la envenena poco a poco con la ponzoña del desaliento. Dupatoy ya está firme, traduciendo en el lenguaje de la lisonja política las dudas, las inquietudes, la alarma, el cansancio y la falta de seguridad de los insurrectos. Tiene en la multitud sus propios agentes, venales o convencidos. Son ellos los que interrumpen a Ledrux, protestando, gruñendo, maldiciendo, creando de este modo las condiciones favorables a Dupatoy. En medio del caos de la tormentosa asamblea suena un disparo y Ledrux cae muerto.

Dupatoy alcanza su apogeo: sobre el cadáver pronuncia un elogio fúnebre en el que, al mismo tiempo que señala con indulgencia los errores y la excesiva audacia de “su joven amigo” caído, rinde homenaje a la pureza de sus intenciones estériles. Con esta burla abyecta se gana definitivamente a los más rebeldes. La revolución es derrotada. La causa del gobierno provisional se ha consolidado. ¿No es éste el drama histórico del proletariado francés?

Los mismos campesinos y campesinas se reúnen en la casa de la vieja Mariette. Estaba de todo corazón con los insurrectos. ¿Cómo no haberlo estado? Mariette es la madre del pueblo francés, es la misma Francia. No es más que una campesina, pero siglos y siglos de acontecimientos y de pruebas han enriquecido y saturado su memoria política. Sus hijos cayeron en los combates de la gran revolución, que terminó en dictadura

cesárea. Vio el regreso de los Barbones, una nueva revolución, nuevas traiciones, las discordias entre los trabajadores, nuevos engaños, las esperanzas y las decepciones de la Commune, su terrible derrota, el monstruoso militarismo cobarde y ladrón de la tercera república, la gran guerra, la exterminación de las mejores generaciones, el peligro que amenaza la existencia misma de la raza francesa. Todo eso, la vieja Mariette, la madre del pueblo, lo ha vivido, lo ha sentido, y lo ha meditado a su manera. Siendo campesina, se elevó por su experiencia y su instinto maternal al nivel del obrero de la ciudad, de sus esperanzas y de sus luchas.

Pero el levantamiento ha sido aplastado. ¡Sacrificios vanos! Bourbouze está de nuevo a la cabeza de los ejércitos. El hermoso sueño de fraternidad con los que derribaron a su emperador se ha disipado como el humo.

¡Adelante! ¡Al ataque!, ordena Bourbouze y, después de un doloroso alto en el curso de los acontecimientos, esta persecución del enemigo en retirada, este movimiento hacia adelante aparece al pueblo engañado como la solución de la crisis, la salida del atolladero. Los campesinos y las campesinas se apartan de Mariette. Ella les sostenía la moral durante los meses más sombríos de la guerra, pero también era la que, durante las jornadas de levantamiento, elevaba sus esperanzas a una altura irrealizable, y los ha decepcionado.

Se vengán implacablemente en Mariette de sus esperanzas decepcionadas. Abandonan uno tras otro la casa de la vieja campesina, con palabras de mortal amargura en la boca. Mariette está sola. Su nieto Luisito duerme en su lecho con sueño agitado.

La vieja campesina se sienta junto al lecho donde sueña pesadillas su nieto, la Francia del porvenir, la nueva Francia que crece bajo los truenos y los rayos de la más terrible de las épocas. Arriba está Anne-Marie, la nueva madre francesa que va a relevar a la vieja y cansada Mariette. Pero llaman a la puerta. Entran tres hombres trayendo a otro, el cadáver del hijo primogénito. Lo mataron en los combates de los últimos días, mientras que el ejército revolucionario, después de la derrota de su propia revolución, perseguía al enemigo. La última columna del mundo derrumbado de sus esperanzas, cae sobre la vieja cabeza. Los tres hombres depositan lo que fue su hijo sobre el lecho, donde duerme el nieto. Pero no, el nieto no duerme, lo ha oído todo. Es admirable en su tensión trágica ese diálogo del pequeño con su abuela. El pasado y el porvenir se encuentran sobre ese lecho en que el presente yace inmóvil.

Luisito vuelve a dormirse. Ya no hay más fuerza para sufrir, ya no hay nada que esperar; ya es hora de salir de esta vieja vida hacia la noche que se extiende tras la ventana. Pero la fuente de bondad y de esperanza es inagotable en el corazón de una madre: la vieja se recupera; su nuera y su nieto están ahí. Sobre los escombros, una nueva vida comienza. Será, tiene que ser mejor de lo que ha sido. La comitiva pasa. La vieja sube trabajosamente al piso superior y llama a su nuera: “De pie, Anne-Marie, ya es hora. Amanece”.

Así acaba el drama, el verdadero drama de la revolución, la tragedia política de la clase obrera francesa, tragedia de todo su pasado y advertencia para el porvenir. Ningún otro proletariado es tan rico en recuerdos históricos, pues ninguno ha tenido un destino tan dramático como el proletariado francés. Pero ese pasado pesa sobre él como una terrible amenaza para el porvenir. Los muertos se aferran a los vivos. Cada etapa ha legado, con su experiencia, sus prejuicios, sus fórmulas vacías de contenido, sus sectas que se niegan a morir. ¿Goutaudier? Todos lo hemos encontrado alguna vez, es el obrero con rasgos de pequeñoburgués o el pequeñoburgués atraído por los obreros, demócrata, pacifista, siempre a medio camino, siempre partidario de las medidas parciales; es el padre Bourderon colectivo, cuya honestidad limitada ha sido, más de una vez en la historia, el freno de la revolución. Y todos conocemos a Favrolles, ese caballero de la frase, que predica hoy la represión sangrienta, para encontrarse mañana en el campo de la burguesía

victoriosa. En el movimiento obrero francés, Favrolles es el tipo que más abunda, el más multiforme, y siempre idéntico en su diversidad.

Esos Hervé gritones, detractores de feria, antimilitaristas “sin patria”, apóstoles del sabotaje y de la acción directa, y más tarde oráculos patrióticos de las porteras, lacayos de prensa de los corros pequeñoburgueses, ebrios de chovinismo; esos Sebastián Faure, libertarios, pedagogos, neomaltusianos, parlanchines, antimilitaristas, siempre armados de un vasto programa lleno de promesas, que los exime de toda labor práctica, y siempre dispuestos a llegar a cualquier compromiso con el ministro, si éste sabe halagarlos. El radicalismo verbal, la política de las fórmulas intransigentes que no abren la vía a acción alguna y consagran la pasividad bajo el disfraz del extremismo, era y sigue siendo la herrumbre más perniciosa del movimiento obrero francés. Oradores que, al comenzar su primera frase, no saben lo que dirán en la segunda; hábiles burócratas del periodismo, que ignoran la evolución de los acontecimientos; “jefes” que no piensan en las consecuencias de sus propias acciones; individualistas que, bajo la bandera de la autonomía de todo lo que se quiera: provincia, ciudad, sindicato, organización, periódico, defienden invariablemente su propio individualismo pequeñoburgués del control, la responsabilidad y la disciplina; sindicalistas que no sólo no sienten la necesidad, sino que hasta temen decir lo que pasa, llamar un error por su nombre, exigir de sí mismos y de los otros una respuesta precisa a una cuestión, y que esconden su impotencia bajo las formas habituales del ritualismo revolucionario; poetas magnánimos que quieren derramar sobre la clase obrera sus reservas de magnanimidad y de confusión mental; saltimbanquis, improvisadores, demasiado perezosos para pensar y que se sienten ofendidos de que haya gente que tenga el hábito y la capacidad de pensar; charlatanes, prestidigitadores de la palabra, hombres sin imaginación, oráculos de campanario; curitas, revolucionarios de iglesia que se combaten mutuamente. ¡He ahí el terrible veneno del movimiento obrero francés, he ahí la amenaza, he ahí el peligro! De eso nos habla el drama de Martinet, en su lengua viril que conjuga la más alta verdad de la vida, la verdad de la historia, con la verdad del arte. Por la fuerza imperiosa de las imágenes artísticas, el drama exige de la vanguardia proletaria su depuración interna, su robustecimiento en la unidad de la disciplina. A los ojos de un observador superficial, *La noche* puede parecer inspirada por el pesimismo, casi por la desesperación. En realidad, es dictada por una inquietud profunda, por una legítima alarma. Francia está exangüe. Las mejores generaciones están bajo tierra. El hijo mayor de Mariette no regresó de la guerra para establecer un nuevo régimen. Pero ahí está el nieto, que tenía 12 años al final de la guerra, que tiene hoy 16 años. En un tiempo como aquél, los meses cuentan por años.

En el drama, Luisito encarna el porvenir. Sobre su joven cabeza, que trabaja intensamente, se levanta la aurora de mañana, y es justamente esto lo que expresan las últimas palabras de paz y de esperanza de Mariette. Pero es necesario que Luisito no repita la historia de Ledrux.

¡Recordadla, obreros de Francia!

Serie: [Trotsky inédito en internet y en castellano](#)



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)